

A LA MEMORIA DE MARCELO DIAMAND

El miércoles pasado falleció Marcelo Diamand. Si usted pregunta ¿Marcelo quién?, está delatando que tiene pocos años, enfermedad que como se sabe se cura con el mero paso del tiempo.

Porque a fines de la década de 1960 y durante la primera mitad de la de 1970 Diamand fue conocidísimo, queridísimo y no diría odiadísimo...pero casi. Había nacido en Polonia, en 1928, y como me aclaró su hija mayor en el velatorio, “menos mal que cuando tuvo que huir de los nazis apuntó para el este –Rusia-, porque si se hubiera dirigido hacia el oeste hubiera muerto en un campo de concentración”. ¡Contundente manera de vivir la juventud!

Así reflejé en mis memorias (Apuntes a mitad de camino, Macchi, 1995) nuestra relación personal y profesional.

“A fines de la década de 1960 comencé lo que terminaría siendo una profunda amistad con Marcelo Diamand, de quien había leído "El fondo monetario internacional y los países en vías de desarrollo" (Movimiento soluciones económicas, 1963), y a quien conocí personalmente cuando a comienzos de la década de 1970 dictó una conferencia en la Universidad del Salvador, luego de la cual comentó favorablemente un trabajo mío en el que comparaba los esquemas clásico y keynesiano, agregando que faltaba la perspectiva de la restricción externa (como hace veinte años, cuando me habla Diamand me sigue diciendo... "Chico"). Aprendí mucho leyendo buena parte de lo que escribió (en particular, leí de punta a punta su Doctrinas económicas, desarrollo e independencia, Paidós, 1973, que presenté en el acto de lanzamiento y comenté bibliográficamente en Desarrollo Económico, 14, 53, abril-junio de 1974), así como manteniendo con él innumerable cantidad de jugosas discusiones (por ejemplo: almorzando en el lamentablemente desaparecido Tropezón).

Convencidísimo de sus ideas, Marcelo no se contentó con exponerlas en cuanto panel le tocó participar, y por escrito en el libro mencionado, sino que organizó seminarios y cursos que le insumieron muchísimo tiempo. Cada vez que Daniel Schydrowsky (a quien conocí en

Harvard) pasó por Argentina, Diamand organizó una reunión en su casa para que supiera qué estaba ocurriendo, mostrando genuino pluralismo: recuerdo haber compartido notables discusiones con Leonardo Anidjar, Julio Berlinski, José Katzenstein, Guillermo Klein (h.), Roberto Lavagna, Abraham ("Bebe") Stein y otros cuyos rostros recuerdo perfectamente pero cuyos apellidos no.

Diamand, cuya fábrica de televisores cerró cuando no pudo -o no quiso- trasladar sus instalaciones a... Tierra del Fuego (¿no es terrible que el pretendidamente eficientista Proceso haya destruido una planta, al colocar en "ventaja comparativa" otras cuyo costo de producción, en términos de recursos, era obviamente mayor?), es uno de los industriales más articulados que conozco de los que hablan de macroeconomía (merece el título de economista mucho más que muchos graduados en economía que formalmente lo ostentan, aunque nunca aplican el análisis económico); que su prisma, el de la restricción externa, a veces más relevante y a veces menos, no empaña lo que estoy diciendo. ¿Por qué fue tan discutido, entonces? Por la forma de expresarse, en una época que fue mucho más sensibilizada que la actual; como Carlos María Moyano Llerena en la UCA, su estilo indujo posiciones extremas, tanto a favor como en contra.

Víctima del mal de Parkinson desde hace algunos años, mantiene intacta su lucidez mental y buena parte de su actividad. El 5 de julio de 1990 la Asociación de Industriales Textiles Argentinos (ADITA), la Cámara Argentina de Industrias Electrónicas (CADIE) y el Movimiento Industrial Nacional (MIN) le organizaron un sentido homenaje. Estuve presente, advirtiéndole que a Marcelo el gesto le llegó”.

En el plano de las opiniones muchos argentinos son extremistas: River o Boca, blanco o negro, etc. Frente a personalidades complejas y multifacéticas, quedan descolocados. Ocurre frente a Federico Pinedo, a Raúl Prebisch, y también frente a Marcelo Diamand.

El mejor homenaje que le podemos hacer a Marcelo consiste en actualizar Doctrinas económicas, desarrollo e independencia. Rescatando lo permanente (la idea de la estructura productiva desequilibrada, y principalmente la de las implicancias distributivas que tiene el tipo de cambio real, en un país como Argentina donde buena parte de las exportaciones tiene origen agropecuario, pudiéndose vender en el mercado local o en el internacional), y modificando lo transitorio. Estamos en un mundo de enorme cantidad de capital financiero privado, por lo cual hay que actualizar el concepto de restricción externa; la competencia industrial externa no proviene tanto de Estados Unidos y Europa, cuanto de Brasil y China; la producción agropecuaria está hoy mucho más atomizada y tecnificada que durante la primera mitad del siglo XX; el FMI no tiene la importancia que tenía hace 3 décadas, etc.

Ojalá ocurra.

POSDATA: en la historia del pensamiento económico se habla de la “escuela de los ingenieros franceses”. No son una escuela en sentido estricto, pero son tantos y realizaron tantos aportes, que merecen una mención explícita. ¿Y en Argentina? A propósito del fallecimiento del

ingeniero Diamand, me estaba acordando –por orden alfabético- de sus colegas Alsogaray, Bunge, Canitrot, Di Tella, García Olano, Grupe, Reca, etc., quienes también tuvieron en la ingeniería su primera formación educativa formal.

Publicado en Fortuna, 30 de junio de 2007.

LAS IDEAS DE DIAMAND, ENTONCES Y AHORA

Francia se distingue por la cantidad de ingenieros que hicieron aportes al análisis económico, tanto teórico como aplicado. Argentina también. Por orden alfabético cabe citar a Alvaro Alsogaray, Alejandro Bunge, Adolfo Canitrot, Guido Di Tella, Francisco García Olano, Héctor Grupe, Lucio Reca, etc.

Esto viene a cuento porque la semana pasada falleció Marcelo Diamand, ingeniero nacido en Polonia en 1928, quien en Argentina se ganó la vida produciendo radios y televisores, y un lugar en los jugosos y relevantes debates económicos que se desarrollaron en nuestro país principalmente durante la segunda mitad de la década de 1960 y la primera de la de 1970.

Tuve la fortuna de tratarlo personalmente, y aprendí de él muchas cosas (como buen ingeniero, en los razonamientos forzaba a imaginar el mecanismo por el cual determinadas medidas de política económica, iban a producir determinados resultados).

La primera mitad de la década de 1970 fue una época particularmente sensibilizada para discutir política económica en Argentina, encima de lo cual Diamand generaba mucha bronca cuando sugería que a algunos de sus contrincantes les habían lavado el cerebro en las universidades del Primer Mundo.

Como en los casos de Federico Pinedo y Raúl Prebisch, sería una lástima que el recuerdo de Diamand se agotara en posiciones extremas: o lo amás o lo odiás. Las líneas que siguen se proponen sintetizar y actualizar su obra escrita más importante: Doctrinas económicas, desarrollo e independencia (Paidós, 1976), producto de una década de reflexiones, participación en debates y publicaciones en medios no académicos.

La obra fue importante entonces, y es importante ahora. Porque se ocupa de cuestiones relevantes (cuando yo estudiaba asistía a debates sobre lo que estaba pasando en Argentina, protagonizados por Mario Brodersohn, Carlos Díaz Alejandro, Guido Di Tella, Aldo Ferrer, Javier Villanueva, etc. ¡Eso era vida!), y porque su autor era inteligente.

Comencemos por la necesidad de actualización, para rescatar luego lo más permanente. Cuando David Ricardo le recomendó a Inglaterra que importara alimentos, para gambetear la ley de los rendimientos marginales decrecientes, mencionó a... Polonia, no a Argentina. Porque publicó su libro en 1817, y nuestro país importó granos hasta mediados de la década de 1870. Sólo un tonto recomendaría no leer los Principios de tributación y economía, debido a esto.

Doctrinas económicas... refleja un mundo donde la protección a la producción fabril es arancelaria mucho más que cambiaria, el capital financiero en manos privadas es escaso y costoso, el Fondo Monetario Internacional era mucho más influyente que ahora, China “no existía” y el sector agropecuario no había podido exhibir el dinamismo que mostró a partir de 1976. Todo esto requiere actualización, y en algunos casos las modificaciones en las recomendaciones de política económica podrían ser no menores.

Pero su idea de la “estructura productiva desequilibrada” (EPD) sigue siendo una buena idea o, si se prefiere, una que ayuda a entender algunos aspectos de la realidad económica argentina, y sus implicancias en materia de política económica.

Cuando un país tiene una EPD la diferencia de productividad entre los sectores agropecuario e industrial es muy significativa, y por consiguiente la unificación del tipo de cambio tiene implicancias distributivas que resultan insostenibles desde el punto de vista político.

Esta fue una idea muy pero muy debatida en Argentina, por ejemplo como consecuencia de la devaluación de comienzos de 1959; es una idea que aflora cuando gobiernos creíbles revalúan el tipo de cambio real y comprometen la producción, al tiempo que mejoran los salarios reales (en 1980 Guido Ti Della publicó en Criterio un notable artículo sobre esta cuestión); es una idea que durante el actual gobierno se planteó tanto en el tema combustibles como en los casos de la exportación de carnes, trigo y maíz.

Como consecuencia del hecho de que bienes que integran la canasta familiar pueden venderse tanto localmente como en el exterior, en Argentina no hay nada menos neutral que una devaluación o la modificación de los precios internacionales. Y cuando existe un conflicto quedará muy lindo decir que hay que hacer “políticas de Estado, estar por el bien común o tratarnos como hermanos”, pero esto equivale a tirar la basura debajo de la alfombra.

El pesimismo referido a las exportaciones agropecuarias, junto a las referidas implicancias distributivas, llevaron a Diamand a proponer tipos de cambio múltiples, que la estructura de incentivos a la exportación no tradicional copiara la estructura de barreras a la importación de dichos productos, etc.

Como siempre ocurre en nuestro país, las propuestas se aplicaron con singular entusiasmo. A mediados de la década de 1970 el tipo de cambio efectivo de los productos industriales debía ser como 3 veces el de los productos agropecuarios, como consecuencia de lo cual de repente Argentina podía exportar camiones pero no trigo. Si fuéramos a juzgar las

enseñanzas de Jesucristo por la interpretación que le dan algunos sacerdotes desde el púlpito los domingos, el cristianismo no hubiera durado ni un semestre.

Destilemos lo que dijo Diamand, para rescatar lo permanente. Ahora, como cuando él escribió, los conflictos distributivos de distintos instrumentos de política económica son muy pero muy fuertes. Y si queremos hablar en serio, a dichos conflictos hay que ponerlos sobre la mesa, para entenderlos y para encontrar mecanismos para ver cómo se opera dentro de ellos. No fue el primero que lo dijo, ni el último, pero tuvo el mérito de poner la cuestión en el centro del análisis. Como corresponde.

Diamand merece un homenaje a su persona, pero además un análisis profesional de su obra. ¿Podría alguna institución recoger este guante?